

RAMON ANDRÉS

SEMPER DOLENS

HISTORIA DEL SUICIDIO
EN OCCIDENTE

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2015 by Ramón Andrés González-Cobo
© de la ilustración de la cubierta, 2010 cortesía de Gabriel de la Mora
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

Ilustración de la cubierta, *364 pelos / 462 perforaciones /
1,178 nudos* (2010), de Gabriel de la Mora

ISBN: 978-84-16011-67-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 192-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Nota previa</i>	9	
I. CUMPLIR LA MUERTE		
La espada y la espiga	11	
La sepultura y la caza (de uno mismo)	20	
Muerte y naturaleza	28	
La conciencia y «el doble»	33	
Los bosques talados, el olvido	37	
II. LLAMAR «SUICIDIO» A LA MUERTE VOLUNTARIA		42
III. MESOPOTAMIA Y EGIPTO CRUZAR LOS RÍOS, CRUZAR LOS DIOS		
Lamento y muerte de Gilgameš	54	
Las formas del miedo	62	
La música fúnebre del trasmundo	64	
La serpiente en el pecho	68	
Recomponer a Osiris	70	
IV. MONOTEÍSMO Y AMOR PROPIO		
Las semillas de la culpa	74	
El suicidio en los escritos sagrados	79	
Contra Flavio Silva	84	
Los primeros cristianos: morir en pago de lo eterno	87	
El devenir crucificado	92	
V. LA «MORS VOLUNTARIA» EN EL MUNDO GRECO-LATINO		
Un mundo nuevo y técnico. Pensar los lugares que no existen	104	

En alejadas tumbas	110
El senado, la cicuta y los funerales	113
El honor, la milicia, la política	124
La mujer, un «útil» de la virtud	132
Los filósofos y la muerte voluntaria	136
VI. LA EDAD MEDIA Y LAS HUELLAS DE CAÍN	
El árbol patibulario	147
Muerte, infiel fortuna y contemplación	152
No matarás. La desesperación	156
El suicida, barco sin timonel	162
La muerte y su danza	164
El hambre, el decoro y la nobleza	170
Nadie es juez de sí mismo	175
Locura, bilis negra y demonio	179
VII. TODO, MENOS EL MUNDO	
Caer entre dos muros: los siglos XVI y XVII	197
La fábrica del tiempo	201
Mendicantes, hospitales y engaños	204
Mirar con rencor	210
Católicos y protestantes: el reparto del demonio	216
El místico deseo de morir	224
VIII. MORIR PARA SER	
<i>Vanitas y avaritia</i>	233
De Tomás Moro a Blaise Pascal: vivir a tiempo, morir a tiempo	240
En las manos, las llaves de mi cárcel: John Donne	249
Las primeras cifras y el <i>adagio</i> «sacarle el tributo a un muerto»	254
El negro espejo de la melancolía	261
El artista como <i>infrecuens</i>	276
Arte, espectador y escena	285

IX. LA SECULARIZACIÓN	
El Siglo de las Luces: el hombre autómeta	299
El olor del pasado	309
Azotar a una estatua	313
Los derechos del hombre	318
«Hay que escribir para los desdichados»	324
La máquina filantrópica, la pasión y el desafío	338
De las leyes y otras ilegalidades	344
X. LOS RESTOS DEL VACÍO	
Medicina y diagnóstico del espíritu. Un desencuentro	355
El suicidio: enfermedad <i>versus</i> dolor moral	359
Un homicida vuelto contra el «yo». Freud, los hechos melancólicos	365
Filosofía del suicidio	371
Contabilizar la fuga (las cifras)	390
Final: una fosa en las nubes	406
APÉNDICE I: DE LA PALABRA «SUICIDIO» (LOS CASOS DE ALEMANIA, FRANCIA E ITALIA)	
	420
APÉNDICE II: LA MUERTE VOLUNTARIA EN LA MITOLOGÍA DE GRECIA Y ROMA	
Los sueños y la muerte	429
Incesto y desorden	436
El remordimiento. Vengarse con la muerte propia	443
Del amor y la locura	448
Morir sobre un cadáver	454
<i>Bibliografía escogida</i>	459
<i>Índice onomástico</i>	477

NOTA PREVIA

En 2003 publiqué una *Historia del suicidio en Occidente* que, en su momento, me ayudó a reflexionar sobre este hecho crucial. Sin embargo, el paso del tiempo, por lo que supone de acopio de conocimientos, pero también de sedimentación en la mirada, ha ido tejiendo un libro más amplio y matizado, más objetivo, incómodo con los asertos. Sin duda, la fortuna de poder reelaborar un escrito y publicarlo no consiste solamente en retocar una obra, e incluso, como es el caso, en rehacerla desde sus mismos cimientos, sino en revisar lo que uno ha sido y lo que uno es en esencia: un tiempo de pensar y un intento de aprendizaje, nada más.

Las páginas a las que se regresa—unas veces para desmentirlas, otras para perfilarlas—, si es con la intención de darles nuevamente vida, casi siempre obedecen, es verdad, al compromiso moral de mejorarlas, pero a menudo este retorno va acompañado, además, de un reconocimiento de debida gratitud hacia quien lo ha facilitado; ese agradecimiento es el que siento, y profundo, por Jaume Vallcorba, que me permitió acercarme de nuevo a un mundo en el cual todo es pregunta, antagonismo y límite. Él comprendió, con su proverbial sagacidad, que no se trataba de un libro sobre la muerte, sino, bien al contrario, sobre la existencia y sus paradojas, a veces temibles. A su memoria, pues, y a la amistad que permanece más allá del silencio, estos capítulos de *Semper dolens*.

LLAMAR «SUICIDIO»
A LA MUERTE VOLUNTARIA

La palabra *suicidio* guarda un profundo sentido moral e ideológico. Se trata de un neologismo aparecido en la Inglaterra del siglo XVII, en el tratado *Religio medici* de Thomas Browne,¹ espíritu meditativo y sereno, cuyo texto, antes de que fuera impreso en 1642, circuló manuscrito durante al menos un lustro, ya que su redacción seguramente tuvo lugar en 1635, o el año siguiente. Establecido en Norwich, médico, escritor, refinado observador de las artes—su libro contiene comentarios de interés sobre música—, esgrimió los argumentos más tolerantes con el propósito de favorecer una conciliación entre la ciencia y la religión. Browne, que viajó por Italia, los Países Bajos y Francia, y dio a la luz *Vulgar errors* (1646)—donde procuró refutar el fundamento de ciertas creencias populares de manera menos ingenua y filológica que un joven Leopardi de diecisiete años en *Saggio sopra gli errori popolari degli antichi*—, combina en *Religio* los términos *self-killing* y *suicidium*. En este vocablo, procedente del latín, intervienen *sui* ('de sí mismo') y *caedere* ('matar'), toda vez que la terminación deriva de *homicidium*.

Así, *suicide* resultó una voz relativamente corriente a partir de 1650, tres años después fue recogida por el *Oxford English Dictionary* y Thomas Blount la usó con cierta asiduidad en la *Glossographia*, que data de 1656. Por esta razón, todavía no se encuentra en una obra tan esencial, y que trata muchos as-

¹ *La religión de un médico*, Madrid, Reino de Redonda, 2002, cap. XLIV.

pectos del suicidio, como *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton, puesto que su primera edición es de 1621. A ésta le siguieron otras seis hasta cumplido el año 1676, todas ellas basadas en la revisión y ampliación que el propio *Democritus junior*—tal era el pseudónimo de Burton—llevó a cabo en 1632. En ninguna de dichas ediciones, como decimos, se contempla la palabra «suicidio». Si se tiene en cuenta el sentido del sufijo «cido», agregado a las palabras con el significado de muerte violenta—homicidio, magnicidio, parricidio—, el concepto en cuestión refiere un acto reprobable y punible.

La transformación de la «muerte voluntaria» en «suicidio» señala, efectivamente, el comienzo de una gran migración ideológica. La formulación de este acto entendido como crimen es consecuencia de una concepción surgida en los primeros siglos del cristianismo y, en cierta medida, extraña a la tradición judeo-helénica. Al reparar en la novedad introducida por Browne, parece adivinarse el propósito de evitar las referencias inculpatórias que acostumbraban a señalarlo como «asesinato», recrudescidas a partir de la Edad Media, cuando fueron identificadas, por motivos religiosos, ambas acciones. Parece lógico que las controversias resultaran comunes y levantaran toda suerte de especulaciones, de ahí que los escritos en torno a la muerte voluntaria fueran tan numerosos como contradictorios sus discursos. Vemos que no rehusaron hablar de este asunto G. Fenton, autor de *Certaine Tragical Discourses* (1567), ni tampoco W. Raleigh en *The Last Fight of the Revenge* (1591), y todavía menos una figura como el poeta John Donne, cuyo *Biathanatos*, probablemente escrito en 1610, fue, como comprobaremos, capital.

En el mundo antiguo se dieron muy variadas expresiones a la hora de referir este hecho radical, definido usualmente con la perífrasis griega de *autocheír* (*autós*, 'uno mismo', y *cheír*, 'mano'), que venía a significar «actuar por propia mano». Herodoto cuenta que, después de luchar contra los argivos, Otríades, el único superviviente de los trescientos

lacedemonios, avergonzado de regresar a Esparta, «se dio muerte allí mismo, en Tyrea» (*Historias*, I, 82). Refiere de Espargapises, hijo de la reina Tomyris, que, tras ser liberado de las cadenas, y al tener finalmente dominio de sus manos, «se ejecutó a sí mismo» (I, 213). El elegíaco Semónides de Amorgos, que floreció en el siglo VI a. C., al reflexionar sobre la debilidad de las personas, describe las penosas dolencias que las consumen, las fatigas de la vejez, la imposibilidad de vencer las vicisitudes, su adversa suerte, y de esta manera unos desfallecen y: «otros se cuelgan de un lazo, en su triste destino, | y por propia decisión dejan de ver la luz del sol».²

Los autores latinos recogieron la herencia griega y acudieron a los mismos giros, entre los que no faltaba el *sponte sua*, o lo que es lo mismo, ‘por voluntad propia’. Cuando Lucrecio repara en la contradicción en la que incurren algunos, cuando se dan muerte por temor a morir, escribe:

*Et saepe usque adeo mortis formidine, uitae
percipit humanos odium lucisque uindendae,
ut sibi consciscant maerenti pectore letum
obliti fontem curarum hunc esse timorem;*³

Lucano, que se suicidó, alude en su largo poema a las nobles «almas capaces de morir» («*animaeque capaces mortis*»),⁴ y en *Fedra*, la heroína de Séneca, cuando dialoga con Teseo, asevera que la muerte nunca puede faltarle «al que quiere

² E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca*, Leipzig, Teubner, 1954, 3.^a edición, 2 (1).

³ *De rerum natura*, III, vv. 79-82; en la traducción de Eduard Valentí Fiol, Barcelona, Acontilado, 2012, p. 245: «Y a veces el temor a morir inspira a los humanos un odio tal a la vida y a la vista de la luz, que con pecho afligido se dan ellos mismos la muerte, olvidándose de que el miedo a ella es la fuente de todas sus cuitas».

⁴ *La Farsalia*, I, 461.

morir» («*Mori volenti desse mors numquam potets*»).⁵ Petronio habló de los que toman la opción de «no apresurarse a morir» («*Qui nolit properare mori*»)⁶ y, apelando a la dignidad, asegura por su parte «no haber tenido nunca cobardes manos» («*ingenui timidus non habuisse manus*»)⁷. Albio Tibulo, en la voz de Lígdamo, admite que la pasión y el dolor sentidos por Neera «fueron su motivo para morir» («*causa perie fuit*»)⁸. Entretanto, en *Remedia amoris*, Ovidio increpa a Cupido tras preguntarle la razón por la cual los amantes, afligidos, se vuelven contra sí, ya que muchos se atraviesan el pecho con un duro hierro («*Cur aliquis rigido fodit sua pectora ferro?*»), mientras otros se cuelgan, «triste fardo, de la viga más alta»: «*Cur aliquis laqueo collum nodatus amator | a trabe sublimi triste pendit onus?*» ('¿Por qué un amante se anudó un lazo al cuello | y se colgó, triste fardo, de la viga más alta?').⁹

También, en la descripción de Virgilio, un grueso nudo y una viga sirvieron a la reina Amata cuando vio al enemigo a las puertas de la ciudad, razón por la cual resolvió dar «el cuello al cordel y el alma al aire»: «*multaque per maestum demens effata furorem | purpureos moritura manu discindit amictus | et nodum informis leti trabe nectit ab alta*» ('después que con horrendo frenesí | hizo un largo y tristísimo lamento | y, cierta de morir, hizo pedazos | el vestido real de ilustre púrpura: | colgó de un alta viga un grueso lazo | y el cuello dio al cordel y el alma al aire').¹⁰

Claudio Claudiano, en el poema dedicado al ave Fénix, escribe que ésta, en su prisa por nacer, se alegra de morir: «*ut redeat gaudetque mori festinus in ortum*» ('y en su prisa por nacer se alegra de morir').¹¹

⁵ *Fedra*, v. 878.

⁶ *Carmina*, 15, 1.

⁷ *Ibid.*, 25, 2.

⁸ *Ibid.*, III, 2, 30.

⁹ *Remedia amoris*, vv. 17-18.

¹⁰ *Eneida*, XII, 600.

¹¹ *Ydylum Phoenix*, 58.

Más tarde, y sobre este mismo asunto, Alberto Magno dejará escrito que el ave se retira a un árbol apartado, se precipita en el nido («*et ruit in nidum*»), donde ella misma se enciende y se incinera: «*et sic se cum nido incendit et incinerat*» ('y así se enciende y se incinera junto con el nido').¹²

Un acercamiento a la epopeya bizantina del héroe Digenís Ácritas (siglo x) muestra cómo el protagonista y su amada «acabaron a un tiempo sus vidas, como por un pacto» («*én mia ora tàs psychás, ek synthématos ósper*») (VIII, 198).

Sin embargo, la primera vez que encontramos la expresión «muerte voluntaria» («*mors voluntaria*»), tal como se ha conservado hasta hoy, es en el breve tratado de Cicerón *De senectute*, escrito en los meses iniciales del año 44 a. C. Allí se lee: «*Non duos Decios, qui ad voluntariam mortem cursum equorum incitaverunt*» ('No a los dos Decios, que espolearon a sus caballos para que en alocado galope se dieran a una muerte voluntaria').¹³ No es ocioso comentar, por el trasfondo de su significado, que el término *mors* tenía entre los antiguos un doble sentido figurado, ya que se aplicaba al cadáver, pero también al hecho de estar solo.

Sin embargo, y pese a su propagación, *suicide* contó con una lenta implantación en su país de origen, Inglaterra, ya que lo común era recurrir a las fórmulas ya existentes, es decir, aquellas que habían usado los teólogos, filósofos y escritores con anterioridad a la aparición de *Religio medici*. Así pues, Marlowe, en *Tamburlaine the Great* (c. 1587), con la sola mirada del héroe, hace que «Agidas muera de la mano de Agidas», de manera que se asesta voluntariamente un golpe definitivo para que le lleve al sueño eterno: *And let Agydas by Agydas die | And with this stab slumber eternally* ('y deja que Agidas muera por Agidas, | y de este golpe duerme eternamente').¹⁴

¹² *De animalibus*, xxiv, 42

¹³ *De senectute*, xx, 75.

¹⁴ *Tamburlaine*, III, 2.

En *La trágica historia del doctor Fausto*, el protagonista reconoce que se habría dado muerte hace tiempo de no ser por el dulce placer que ha imperado sobre su tedio: «*And long ere this I should have slaine my selfe, | Had not sweete pleasure conquerd deepe despaire*» ('y largo me habría matado | si el placer no venciese al desaliento').¹⁵

En los últimos tiempos isabelinos, T. Heywood estrenó *A Woman Killed with Kindness* (1603), cuya heroína busca morir mediante el ayuno: «ya jamás comeré, ni beberé, ni tomaré alimento alguno que pueda dilatar mi vida» («*I never will, nor eat, nor drink, nor taste | Of any cates that may preserve my life*»).¹⁶

El iracundo Graciano incita a Shylock, en *El mercader de Venecia* (1596), a que se ahorque, y cínicamente le recuerda que, habiendo perdido su hacienda, no tendrá ni para comprar una cuerda, por lo que será el Estado quien tenga que colgarlo:

*Beg that thou mayst have to hang thyself,
And yet thy wealth being forfeit to the state,
Thou has not left value of a cord,
Therefore thou must be hanged at the state's charge.*¹⁷

[Suplica que te den permiso para ahorcarte, | pero como tus riquezas están confiscadas, | no te queda ni el valor de una cuerda, | de modo que debes ser ahorcado a expensas del Estado].

Lear pide a Cordelia, su hija, que le entregue un bebedizo para envenenarse: «*Be your tears wet? Yes, faith. I pray, weep not: | If you have poison for me, I will drink it*» ('¿Son húmedas vuestras lágrimas? Sí, en verdad. Os ruego que no lloréis: | si tenéis un veneno preparado para dárme lo, lo beberé').¹⁸

¹⁵ *Doctor Faustus*, II, vv. 635-636.

¹⁶ *A woman Killed with Kindness*, XVI, vv. 102-103.

¹⁷ *The Merchant of Venice*, IV, I, vv. 133-137.

¹⁸ *King Lear*, IV, 7, 71-72.